

»En cuanto á sus nuevas esplicaciones ¿qué tienen de inadmisibles? Es posible que las cosas hayan pasado como lo ha dicho. La pistola y el puñal las llevaba para su defensa personal. ¡Rudio lo desmiente! pero es su coacusado que fue arrestado por las declaraciones de Pieri, y se puede suponer que le animara un sentimiento de odio y de venganza.

»Aquí se presenta una nueva fase de la defensa. Pieri es acusado de complot y de atentado. Mas en cuanto al complot ¿dónde hallará la acusacion sus elementos? Ha habido conciliábulos en Lóndres; ¿mas dónde está la resolucion de obrar, dónde está la determinacion suprema que no deja lugar á la ejecucion? No se ha probado.

»En cuanto al atentado, no le ha conocido, no ha tomado parte en él. Asi, pues, se le persigue. ¿Dónde están las condiciones legales de la complicidad? ¿Hay contra él palabras, consejos, teorías? ¿El envío de las pistolas á París? Las esplicaciones que ha dado acerca de este hecho, pueden ser exactas. Pieri podia ignorar su destino. ¿Las bombas que vinieron de Bruselas? Ha podido ignorar lo que contenia el paquete depositado en el café Suizo. ¿Qué concurso ha tenido en el atentado? Ninguno; porque se le arrestó antes que la ejecucion comenzara, en el momento en que se presentaba en la calle Le Pelletier.»

*M. Nicolet* trata tambien de escitar la conmiseracion por Gomez, ese instrumento tosco y pasivo que ha tenido el mérito de la franqueza, pero que no debe sufrir todo el peso de sus consecuencias. Hácele aparecer en una defensa sencilla, conveniente, conmovedora, obedeciendo ciegamente á inspiraciones estrañas, y permaneciendo en el lugar del crimen para ser el instrumento patente de las reparaciones que se reserva la Providencia.

«Llegaremos por fin á esta terrible noche. ¿Acaso entonces conocia Gomez el complot y la parte que en él le estaba reservada? Seguidle paso á paso y vereis, que hallándose ya tan cerca el momento supremo, nada le habia revelado aun la prudencia de Orsini. Fué á buscar á Pieri y á Rudio; pero luego que estuvieron estos reunidos se fué, y mientras estuvo él fuera, se cargaron las pistolas. Despues vá á comer y recibe la órden de volver á las seis. A esta hora vuelve en efecto, y aguardando á su amo, á este conspirador cuya energia y firmeza conoceis, fuma tranquilo junto á la puerta cochera. Orsini regresa y le da la órden de preparar un poco de vino. Obedece y se retira; pero Pieri y Rudio se reunen con Orsini; el número de los conjurados es completo; le llaman entonces y le revelan el golpe preparado y la parte que en él ha de tomar. Orsini le da la bomba que ha de ser la primera que se arroje, y la pistola con que Gomez en caso necesario ha de defenderse. Gomez se inclina y promete obedecer. ¿Cómo habia de resistir? Se habia entregado de antemano, y era necesario un crimen para librarse de su imprudencia.

»Es conducido al lugar del crimen por Orsini y por Pieri; se le señala un puesto, y Rudio en un sencillo lenguaje espresa con una sola palabra el carácter de su complicidad. Orsini, dice, ha dicho á Go-

mez: «Colócate tú ahí,» y él se ha colocado. Allí permanece bajo las miradas de los dos jefes; él ha de arrojar la primera bomba al llegar el coche del Emperador. La horrible consigna es obedecida; ve llegar el carruaje y el instrumento de muerte se escapa de sus manos...

»¡Ah! señores, si el magnífico lenguaje que oíamos hace poco vibra aun en nuestros oidos, si estas escenas fúnebres, trazadas por una mano harto poderosa, se hallan aun delante de vuestros ojos; si oís aun los lamentos de las víctimas, si veis aun esos charcos de sangre humana, si encima de estas escenas de desesperacion y de muerte veis aun mecerse la imágen de la patria entregada á los horrores de la anarquía, ¡ah! entonces que calle la defensa y que aguarde con fervor el sangriento fallo que se escapará de nuestros corazones indignados. Pero si, al contrario, mas fieles á vuestra santa mision, comprendéis que toda conmocion, por legítima que sea, está prohibida á vuestra justicia, en este caso alejad esas fúnebres imágenes que pueden hacerla vacilar, comprimid los latidos de vuestro corazon, y seguidme aun algunos instantes.

»En un comedor de la fonda de Broggi, en medio de este desórden y escenas de muerte, un jóven se halla sentado con abatimiento; no está herido, pero el sudor inunda su frente, brotan lágrimas de sus ojos, y su pecho oprimido no deja escapar de cuando en cuando mas que estas palabras: «¡Amo mio! ¡amo mio!» ¿Quién es este? ¿Es una víctima? ¿Es Gomez! Gomez fuera de sí: le rodean, le compadecen, le consuelan. ¿Qué hace allí el desgraciado? ¿No ve lo que le espera? La perturbacion universal, la oscuridad, las simpatías mismas de que es objeto, todo le favorece: puede huir y no huye; permanece horas enteras allí llamando á su amo. ¿Qué le detiene? ¡Ah! ¿no veis que hace poco era ciego instrumento del crimen, y es menester que ahora permanezca en su puesto para convertirse en instrumento de las reparaciones que se reserva la Providencia?

»Despues de esta detencion, que no ha despertado las sospechas de la policia, la perspicacia de un eminente magistrado penetra el misterio de esta perturbacion inesplicable. Gomez queda preso en el momento de oír el regreso triunfal del que estaba destinado á sus golpes. Le interrogan acerca del amo que sigue llamando aun, y confia el secreto de su morada, entregándose él mismo. Orsini es capturado; la justicia avanza con seguridad por la senda que le ha sido abierta, y enseña á la Francia aterrorizada que el crimen no lo ha cometido un francés.

»¡Ah! señores, ¿no tendreis en cuenta á Gomez un servicio tan grande, y no le adjudicareis el premio de esta feliz delacion? ¿Si esta hubiese sido voluntaria, por imperioso que sea un deber, no sé si habria tenido el valor de sobreponerme á la repugnancia que siento en implorar á favor de semejante crimen el beneficio de semejante ignominia. Pero la delacion ha sido arrancada á la perturbacion, al extravío, al remordimiento, y con el corazon tranquilo puedo recordarla como un título á vuestra conmiseracion.